

RESEÑA HISTÓRICA: 450 AÑOS DE PROCESIONES EN POPAYÁN

Luego de la exhaustiva investigación histórica que arrojó como fecha inicial el año de 1556 para situar la primera mención de las procesiones de Semana Santa en Popayán, a partir de las crónicas de Juan de Castellanos y del estudio de los valiosos legados de Don Jaime Arroyo y de Don José María Arboleda Llorente, registros de documentos de Fuentes Primarias y demás crónicas tempranas de la Conquista y la Colonia, se admira con mayor amplitud la dimensión de estas manifestaciones culturales que en su singularidad hacen de nuestra ciudad el ejemplo por antonomasia de colectividad conservadora de tradiciones en su esencia. Esta tradición, desde luego heredada de España fue adoptada desde los albores de la consolidación de la ciudad adecuándola sin embargo a los medios locales, precarios por cierto en sus inicios y enriqueciéndola con el paso de los siglos hasta conformar la manifestación que hoy en día orgullosamente mostramos a visitantes y construimos entre propios.

Popayán, fundada en 1537 y mantenida en medio de las penurias que suponen condiciones físicas de gran dificultad, subsistió y floreció con el apego de sus habitantes a las convicciones religiosas que formaron su imaginario colectivo plasmado desde entonces y hasta la actualidad en el entorno que se observa con sus iglesias, claustros y elementos estéticos de todo tipo, que evocan trayectorias y diferentes etapas de la vida cotidiana imbuida por las prácticas que de una u otra manera influyen en el ánimo y ritmo vital de sus moradores.

La ubicación espacial de la ciudad, la proximidad de yacimientos mineros y la necesidad de establecer un centro administrativo que cubriera la continuidad de la conexión entre Santa Fe, Quito y Lima hicieron de esta población un lugar preponderante sin par en la región para el funcionamiento del aparato colonial; se presupone que atravesó periodos de depresión, sin embargo pudo desarrollarse como asentamiento con la suficiente solvencia para consolidar tanto su calidad de centro político y administrativo, como la de las expresiones existencialmente indispensables entre las cuales se encuentran las procesiones de Semana Santa.

Analizando la narrativa de la Pasión de Cristo, se ha observado una intensificación entre Jueves y Viernes Santo, en consecuencia, es posible suponer que fueran estos dos días los que originariamente dieran inicio a su escenificación por medio de las procesiones teniendo como eje tres figuras: Jesucristo, la Virgen Dolorosa y San Juan. Con el pasar del tiempo se introducirían modificaciones sustanciales agregando los días, el número de imágenes (en ocasiones propiedad de particulares), la composición de los pasos y hasta las reglas para los asistentes.

De igual manera varió en alguna medida la geografía sagrada transitada por las procesiones, calidad que se otorga a este espacio en concordancia con el tiempo ritual que construye el evento. Historiadores del urbanismo afirman que en principio Popayán estuvo compuesta por nueve a doce manzanas, con un crecimiento tan lento que al parecer a finales del siglo XVIII, solo se habían incrementado a cuarenta.

De acuerdo con la usanza de los primeros tiempos, eran procesiones de disciplinantes que cumplían penitencias con la mortificación del cuerpo.

Examinados algunos de los libros que indican la forma en que debían realizarse los ceremoniales romanos en el siglo XVIII, se han encontrado disposiciones para el orden de procesiones según fueran rogativas, en honor del Espíritu Santo o de alguna reliquia, en la mayoría de los casos dentro de la misma iglesia en horas de la mañana o de la tarde pero no se contemplan disposiciones para realizarlas en la noche y en ninguno de ellos se hace referencia específica al ordenamiento de procesiones de celebración en la Semana Santa con las características de las que se observan en Popayán. Este hecho, aunado a referencias tomadas de la tradición oral y escrita, permite observar el matiz laico que en términos de manifestación popular poseen estas expresiones, indiscutible y evidentemente ligadas a profundas conexiones ontológicas.

Los Libros Capitulares, cuyo inicio se sitúa en 1611 ilustran en sus actas la vida cotidiana de la ciudad, así como el interés de sus dirigentes civiles y del pueblo en general por lograr la mejor organización y lucimiento en la celebración de la Semana Mayor, proclamando las necesidades de ornamentación y protocolo que debían observarse: Desde la vestimenta de los integrantes del Cabildo hasta el arreglo obligatorio de las calles y fachadas y las penas pecuniarias establecidas para los que no cumplieran; los vecinos más acaudalados prestaban sus indígenas encomendados para el adecentamiento de las calles. Obviamente las autoridades eclesiásticas debieron estar ligadas de alguna manera a la colaboración, organización y feliz término de las procesiones pero en el ámbito de archivo civil no se ha encontrado ninguna referencia puntual.

El arraigo de esta tradición en el imaginario colectivo es la razón más próxima para encontrar justificación a su permanencia como práctica de ejercicio comunitario y de cohesión social generadora de identidad; los Payaneses interiorizaron su ejercicio y adaptaron las procesiones incorporando elementos propios del entorno local, lo cual se transformó con el pasar de los años en un producto cultural de influencia Española original, enriquecido con elementos negros e indígenas propios de la miscegenación que también en el campo racial se dio en la región.

Tiempos de coyunturas y cambios, afanes de independencia y proclamaciones de soberanía no alteraron en manera alguna ni la continuidad ni la celebración de las procesiones, para entonces formaban ya parte inherente del sentimiento Payanés y de las necesidades primarias comunes con la exteriorización del pensamiento simbólico que forma parte del ser humano.

Tanto en 1823 como en 1827 se dictaron por parte de las autoridades civiles las reglamentaciones ceremoniales para la asistencia del Cabildo en corporación a los diferentes eventos, entre los cuales se encuentran incluidas las procesiones de Semana Santa, desafortunadamente, a pesar de su constante mención en los registros, no se ha podido encontrar una descripción pormenorizada de su organización en los documentos consultados pertenecientes a los siglos XVI a XVIII, se sabe que durante el siglo XVII todas las procesiones salían de la Catedral; la construcción y adecuación de otros templos hizo posible que con posterioridad cada una de ellas saliera de una iglesia diferente. Bien avanzado el siglo XIX, tal vez concientizados de la importancia de la memoria escrita no solo para hechos bélicos o políticos sino también para ejercicios de tradición y de composición cultural y vida diaria, se encuentran relatos más extensos e ilustrativos. Es en este mismo siglo cuando hay un aumento de imágenes o renovación de las ya existentes, el uso mandaba que fuera un solo síndico para cada procesión quien se encargaba de la organización general y de la distribución de las velas en las casas para asegurar la presencia de alumbrantes, la invitación se hacía por medio del animasola, quien tuvo en esta actividad su función original.

La organización cubría también a los alumbrantes, siendo así que la procesión del Lunes Santo debería ir acompañada por hombres y mujeres, señoras y ñapangas; la del Martes Santo por señoras y caballeros; el Miércoles Santo por todo el pueblo; el Jueves Santo por los caballeros y las ñapangas y el Viernes Santo debía llevarse luto riguroso. La iglesia de Santo Domingo se recubría con telas de Damasco y el silencio de las campanas daba paso al sonido de las matracas. Luego de la media noche salía de la Catedral la procesión de La Soledad con los pasos de San Juan, la Virgen de los Dolores y cuarenta ángeles en sus respectivas andas, que luego fueron reducidos a seis a partir de los cuales se conformó el paso de Las Insignias.

La incorporación de la Ñapanga, un personaje de cuño netamente mestizo tuvo lugar en el siglo XX. Generalmente eran las hijas de las criadas ocupadas en el servicio doméstico de familias principales; estaban consideradas como mujeres de gran belleza, piadosas y excelentes trabajadoras; fuentes de tradición oral reseñan como la última Ñapanga Payanesa a Mery Canencio quien murió hacia 1970. Guardó siempre el atuendo típico y distintivo con pañolón y pie al suelo aunque sus posibilidades económicas le permitieran sobradamente el acceso a otras vestimentas.

Lo que actualmente se observa un tanto desdibujado es una condición transitoria de la ñapanga integrada como Sahumadora en las procesiones.

No obstante el avance de los tiempos, los cambios y las nuevas exigencias, Popayán y su gente siguen con gran orgullo conservando la tradición de celebrar la Semana Santa con sus procesiones...

La pasión infinita que mantiene viva esta tradición transmitida por generaciones entre Payaneses, aglutina y sumerge como ninguna otra a esta comunidad en el ajeteo preparatorio de un tiempo ritual compartido estrechamente, el sentido de pertenencia y de identidad que se genera, es lo que hace que cada año se renueve el sentimiento de arraigo a la ciudad, a sus calles nunca suficientemente recorridas y a sus costumbres ancestrales, solo en esta perspectiva puede comprenderse la continuidad, permanencia y singular historia de nuestras amadas procesiones.

MARIA CECILIA VELÁSQUEZ LÓPEZ

**Miembro de la Academia de Historia del Cauca
Junio de 2005**